

## INTRODUCCIÓN

# *El efecto niña*

*«¿Qué serían los hombres sin las mujeres?»*

*«Escasos, señor, muy escasos.»*

—MARK TWAIN

SREY RATH ES UNA ADOLESCENTE CAMBOYANA muy segura de sí misma, de cabellera negra que desciende ondulándose sobre un rostro redondo, moreno. La encontramos en un mercado callejero atestado de gente, de pie junto a un carrito, y cuenta su historia con calma y desapego. El único indicio de angustia, el único atisbo de trauma, se descubre en su manera de retirarse el pelo de los ojos negros, un tic nervioso, tal vez. Entonces baja la mano, y sus dedos largos gesticulan y revolotean en el aire con una gracia incongruente, a medida que nos relata su odisea.

Rath es baja y menuda, bonita, vivaz y chispeante, un torbellino de niña cuya estatura diminuta contrasta con una personalidad extravertida, inmensa. Cuando del cielo desciende abruptamente un chaparrón tropical que nos empapa, ella, sencillamente, se echa a reír y nos apremia para que nos refugiemos bajo un techo de hojalata, antes de seguir contándonos alegremente su historia, mientras el aguacero repica sobre nuestras cabezas. Pero el atractivo de Rath, y su personalidad cautivadora, son dones peligrosos para una muchacha de la Camboya rural, y su naturaleza confiada, así como su confianza en sí misma, su optimismo, hacen que, en su caso, el riesgo aumente.

Cuando Rath tenía quince años, su familia se quedó sin dinero, por lo que ella decidió trasladarse a Tailandia durante dos meses para trabajar como lavaplatos y ayudar así con los gastos de la casa. Sus padres mostraron preocupación por su seguridad, pero les tranquilizó saber que Rath había organizado el viaje con cuatro amigas a las que habían prometido empleo en el mismo restaurante tailandés. El agente laboral se internó con las niñas en Tailandia, donde las entregó a unos matones que las trasladaron a Kuala Lumpur, capital de Malasia. A Rath le deslumbró la primera visión de las avenidas limpias de la ciudad, de los altos rascacielos, incluidas las que, en aquella época, eran las torres gemelas más altas del planeta. Todo parecía seguro, acogedor. Pero entonces aquellos matones metieron a la fuerza a Rath y a otras dos niñas en un salón de karaoke que funcionaba como burdel. Uno de los mafiosos, de casi cuarenta años y conocido como «el Jefe», se hizo cargo de las jóvenes y les explicó que había pagado dinero por ellas, y que ahora ellas estaban obligadas a devolverle el dinero. «Tenéis que encontrar dinero para cancelar la deuda, y entonces yo os enviaré de vuelta a casa», les decía constantemente, asegurándoles que si cooperaban, finalmente las liberaría.

Cuando comprendió lo que le estaba sucediendo, Rath quedó devastada. El jefe la encerró con un cliente, que intentó obligarla a mantener relaciones sexuales con él. Ella se resistió, lo que enfureció a aquel hombre. «Y entonces el jefe se enfadó y me golpeó en la cara, primero con una mano, después con la otra, –recuerda, contando la historia con simple resignación–. Las marcas que me dejó me duraron dos semanas.» Después, el jefe y los demás matones la violaron y le dieron puñetazos.

«Tienes que servir a los clientes –le decía el jefe mientras la golpeaba–. Si no lo haces, te mataré a palos. ¿Eso es lo que quieres?» Rath dejó de protestar, pero sollozaba y se negaba a cooperar activamente. El jefe la obligaba a tomar una pastilla; los matones la llamaban «la droga de la felicidad», o «la droga del folleteo». Ella no sabe

exactamente qué era, pero hacía que, durante una hora, la cabeza le diera vueltas, se sintiera aletargada, contenta y sumisa. Cuando no estaba drogada, Rath lloraba y no se mostraba lo bastante complaciente: se esperaba de ella que dedicara una sonrisa radiante a todos los clientes, por lo que el jefe le dijo que no pensaba perder más tiempo con ella: o hacía lo que le ordenaban, o la mataría. Entonces Rath se rindió. A las niñas las obligaban a trabajar en el burdel siete días a la semana, quince horas al día. Las mantenían desnudas para impedir que escaparan o que escondieran las propinas y el dinero, y les prohibían pedir a los clientes que usaran condones. Las golpeaban para que estuvieran siempre sonrientes y recibieran con gran alegría a los hombres, pues éstos no pagaban tanto por mantener relaciones sexuales con muchachas de ojos enrojecidos y caras hinchadas. A las niñas no se les permitía salir nunca a la calle, ni les pagaban un solo céntimo por su trabajo.

«Sólo nos daban comida, aunque no mucha, porque a los clientes no les gustaban las niñas gordas», aclara Rath. Las transportaban en autobús, bajo custodia, entre el hotel y un apartamento en la décima planta de un edificio, donde alojaban a doce. La puerta del apartamento se cerraba desde fuera. A pesar de ello, una noche, varias niñas salieron al balcón y desatornillaron un tablón largo y estrecho de un tendedero. Lo plantaron precariamente entre la barandilla de su terraza y la de otra de un edificio contiguo, que se encontraba a cuatro metros de distancia. El tablón oscilaba mucho, pero Rath estaba desesperada, por lo que se sentó a horcajadas sobre él y, muy despacio, cruzó al otro lado.

«Fuimos cuatro las que lo hicimos. Las demás estaban demasiado asustadas, porque se movía mucho. Yo también tenía miedo, no me atrevía a mirar hacia abajo. Pero más miedo me daba quedarme. Preferíamos morir que seguir allí. Además, si nos quedábamos, íbamos a morir igualmente.»

Una vez en el otro balcón, las niñas aporrearon la ventana y despertaron al sorprendido inquilino. Apenas podían comunicarse con

él, porque ninguna de ellas hablaba malayo, pero aquel hombre les dejó entrar por la ventana de su casa y salir por la puerta. Las muchachas tomaron el ascensor hasta la calle y caminaron por las calles desiertas hasta que encontraron una comisaría de policía y se refugiaron en ella. Al principio, los agentes intentaron echarlas. Después las detuvieron acusadas de emigración ilegal. Rath pasó un año en la cárcel en cumplimiento de la legislación antiinmigración de Malasia, antes de que supuestamente la repatriaran. Ella creyó que el policía malayo que la escoltaba la llevaba a su casa al ver que cruzaba la frontera con Tailandia, pero lo que hizo fue venderla a un traficante que, a su vez, la vendió a un burdel tailandés.

LA ODISEA DE RATH PERMITE APENAS atisbar la brutalidad que se inflige de modo rutinario a mujeres y niñas de gran parte del mundo, un mal que lentamente empieza a ser considerado uno de los principales problemas de derechos humanos del presente siglo.

Sin embargo, las cuestiones relacionadas con ella apenas pesan en la agenda del mundo. En efecto, cuando nosotros empezamos a informar sobre cuestiones internacionales, en la década de 1980, no habríamos podido imaginar siquiera que escribiríamos este libro. Dábamos por sentado que los asuntos de política exterior que, con razón, suscitaban la atención general habían de ser elevados y complejos, como el de la no-proliferación nuclear. En aquella época resultaba difícil anticipar que el Consejo de Relaciones Exteriores llegara a abordar cuestiones como la mortalidad materna o la mutilación genital femenina. En aquel momento, la opresión ejercida contra la mujer era una cuestión marginal, una de esas buenas causas para las que, tal vez, las Girl Scouts, recaudaran fondos en sus colectas. Nosotros, personalmente, preferíamos ahondar en «cuestiones serias», recónditas.

Así pues, este libro es el resultado de nuestro propio viaje de concienciación, una concienciación que se ido desarrollando mientras

ejercíamos nuestra labor periodística para *The New York Times*. El primer hito en ese viaje lo encontramos en China. Sheryl es estadounidense de origen chino, criada en la ciudad de Nueva York, y Nicholas es originario de Oregón, y creció en una granja en la que se criaban ovejas y se cultivaban cerezas, cerca de Yamhill. Tras nuestro matrimonio nos instalamos en China, donde, siete meses después, nos encontrábamos frente a la plaza de Tiananmen, siendo testigos de que las tropas disparaban sus armas automáticas contra unos manifestantes que pedían democracia. La masacre resultante segó la vida de entre cuatrocientas y ochocientas personas, y conmocionó al mundo entero. Fue la historia del año, y parecía la peor violación de derechos humanos imaginable.

Pero entonces, al año siguiente, nos tropezamos con un estudio demográfico muy poco divulgado, pero exhaustivo, que destacaba otra violación de los derechos humanos; un caso que se había cobrado decenas de miles de vidas más. Según se desprendía de él, treinta y nueve mil recién nacidas mueren anualmente en China porque sus padres no les garantizan una asistencia médica igual que la que sí reciben sus hijos varones; y eso es sólo durante el primer año de vida. Un funcionario chino de planificación familiar lo explicaba así: «Si un niño se encuentra mal, los padres pueden enviarlo al hospital de inmediato. Pero si una niña enferma, es posible que los padres se digan: “esperemos a ver cómo está mañana”». La consecuencia de ello es que, todas las semanas, en China mueren innecesariamente tantas recién nacidas como manifestantes en el incidente único de Tiananmen. Esas niñas chinas no merecían siquiera la atención de una breve nota de prensa, y nosotros empezamos a preguntarnos si nuestras prioridades periodísticas no serían sesgadas.

Una pauta similar se nos presentó en otros países, sobre todo del Asia meridional y del mundo musulmán. En India, cada dos horas, aproximadamente, se produce una «quema de novia», práctica consistente en castigar a una mujer por aportar una dote insuficiente, o

en eliminarla para que un hombre pueda volver a casarse. A pesar de ello, estos hechos casi nunca se convierten en noticia. Sólo en los últimos nueve años, en las ciudades gemelas de Islamabad y Rawalpindi, en Pakistán, a cinco mil mujeres y niñas les han prendido fuego tras rociarlas con queroseno, y lo han hecho miembros de sus propias familias, o de sus familias políticas. O incluso peor: les han arrojado ácido. Y todo por supuestos actos de desobediencia. Imaginemos el escándalo que supondría que los gobiernos pakistaní o indio quemaran vivas a mujeres en esa proporción. Y, sin embargo, cuando no es el gobierno el que está implicado, la gente se encoge de hombros.

Cuando en China se detenía a algún importante disidente político, nosotros escribíamos un artículo que se publicaba en la primera página; pero si secuestraban y vendían a burdeles a 100.000 niñas de manera habitual, nosotros ni siquiera considerábamos que aquello fuera noticia. Si es así es, en parte, porque a los periodistas tiende a dársenos bien cubrir acontecimientos que se producen en un solo día, pero fallamos cuando debemos realizar el seguimiento de hechos que se producen diariamente –como son las crueldades cotidianas infligidas a mujeres y niñas. Nosotros, los periodistas, no éramos los únicos que habíamos tirado la toalla en relación con este asunto: menos del uno por cien de toda la política exterior estadounidense se centra específicamente en mujeres y niñas.

Amartya Sen, economista, pletórico ganador de un premio Nobel, ha desarrollado un indicador para la igualdad de género que nos recuerda de manera impactante lo que está en juego. «Faltan más de 100 millones de mujeres», escribió Sen en 1990 en *The New York Review of Books*, abriendo así las puertas a un nuevo campo de investigación. Sen destacaba que, en circunstancias normales, las mujeres viven más que los hombres, por lo que en gran parte del mundo hay más mujeres que hombres. Incluso en regiones pobres, como en la mayor parte de Latinoamérica y en gran parte de África, viven más



*Naeama Azar, agente inmobiliaria, fue quemada con ácido en Rawalpindi, Pakistán, supuestamente por su ex marido. Como el ácido la dejó ciega, su hijo de doce años, Ahmed Shah, la guía a todas partes. (Nicholas D. Kristof)*

mujeres que hombres. Sin embargo, en lugares en que el estatus de las niñas es de manifiesta desigualdad, éstas «se desvanecen». En China hay 107 hombres por cada 100 mujeres en la población general (la desproporción es mucho mayor entre los recién nacidos); en India, 108, y en Pakistán, 111. Ello no tiene nada que ver con la biología y, sin ir más lejos, en Kerala, pionera en educación femenina e igualdad, la superioridad numérica de mujeres iguala a la de Estados Unidos.

Según la investigación llevada a cabo por el profesor Sen, de esa desproporción entre géneros se deduce que, actualmente, en el mundo faltan 107 millones de mujeres. Otros seguimientos de la cuestión han arrojado resultados ligeramente distintos, que van de los 60 a los 101 millones de «mujeres desaparecidas». Todos los años desaparece un mínimo de dos millones de niñas en todo el mundo a causa de la discriminación de género.

En los países ricos de Occidente, esa discriminación suele circunscribirse a la desigualdad salarial, a la falta de financiación para los equipos deportivos femeninos, o al acoso por parte del un superior en el trabajo. Pero en gran parte del mundo, la discriminación tiene



*Ummi Ababiya, niña etíope de trece años, en un centro de nutrición de emergencia situado al sur del país. Su madre, Zahra, a la derecha, comentó que todos los varones de la familia estaban bien alimentados. De las docenas de menores que pasaban por las instalaciones, casi todos eran niñas, lo que refleja que los padres, en general, dan prioridad a los niños cuando escasea el alimento. Este tipo de discriminación mata hasta dos millones de niñas en el mundo anualmente. (Nicholas D. Kristof)*

consecuencias letales. En India, por ejemplo, la probabilidad de que las madres lleven a vacunar a sus hijas es menor que la de que lleven a sus hijos varones –lo que, por sí solo, explica un quinto de todas las mujeres que faltan en India–, mientras que existen estudios que muestran que, de promedio, a las niñas las llevan al hospital cuando están más enfermas que los niños. Visto lo visto, en India, las niñas de entre uno y cinco años tienen un cincuenta por ciento más de probabilidades de morir que los niños de la misma franja de edad. Las estimaciones más optimistas calculan que una niña india muere por causa de la discriminación cada cuatro minutos.

Un afgano corpulento y barbudo llamado Sedanshah nos contó en una ocasión que su esposa y su hijo estaban enfermos. Dijo que quería que sobrevivieran los dos, pero que sus prioridades estaban claras: un hijo es un tesoro indispensable, mientras que una mujer resulta reemplazable. Y había comprado medicación sólo para el hijo. «Ella está siempre enferma –se quejó amargamente



de su mujer-, por lo que no merece la pena comprar medicamentos para ella.»

Y la modernización y la tecnología pueden agravar la discriminación. Desde la década de 1990, la generalización de las ecografías ha permitido a las mujeres embarazadas conocer el sexo de sus fetos... y hacerse practicar un aborto si descubren que son niñas. En la provincia china de Fujian un campesino, en nuestra presencia, alabó así las ecografías: «¡Gracias a ellas, ya no hace falta que tengamos hijas!»

Para impedir el aborto selectivo por razón de sexo, China e India prohíben en la actualidad que los médicos y los técnicos en ecografías informen a las madres embarazadas del sexo de sus fetos. Con todo, la medida se ha revelado insuficiente. Existen estudios que demuestran que cuando a los padres se les impide realizar abortos selectivos de fetos de niña, el índice de mortalidad de éstas aumenta durante sus primeros meses de vida. No es que las madres se libren deliberadamente de las recién nacidas a las que se ven obligadas a parir, sino que se muestran más negligentes en sus cuidados. Nancy Quian, economista del desarrollo de la Universidad de Brown, ha cuantificado la dolorosa contrapartida: de promedio, podría evitarse la muerte de quince niñas si se permitiera el aborto selectivo de cien fetos de sexo femenino.

Las estadísticas globales sobre el maltrato a las niñas resultan estremecedoras. Según parece, en los últimos cincuenta años han muerto más niñas por el mero hecho de serlo que hombres en todas las batallas libradas a lo largo del siglo xx. En una sola década, y en este «genericidio» rutinario, han muerto más niñas que personas en todos los genocidios ocurridos en el siglo xx.

En el siglo xix, la cuestión moral más relevante fue la esclavitud. En el xx lo fueron las batallas contra los totalitarismos. Creemos que, en este siglo, el mayor desafío moral será la lucha por la igualdad de género en el mundo en desarrollo.

\* \* \*

LOS DUEÑOS DEL BURDEL tailandés a los que vendieron a Rath no le pegaban, ni la vigilaban constantemente, por lo que, transcurridos dos meses, pudo escapar y regresar a Camboya.

Tras su regreso, conoció a una asistente social que la puso en contacto con un grupo de apoyo dedicado a ayudar a niñas que habían pasado por su misma situación a empezar una nueva vida. El grupo, American Assistance for Cambodia, invirtió 400 dólares de las donaciones recibidas en adquirir un carrito y una selección inicial de mercancías, para que Rath pudiera convertirse en vendedora ambulante. Encontró un buen puesto en la zona al aire libre situada entre las aduanas tailandesa y camboyana, en la ciudad fronteriza de Poipet. Los viajeros en tránsito de un país a otro tienen que pasar por ese terreno, del tamaño de un campo de fútbol, flanqueado en su totalidad por vendedores que ofrecen bebidas, comida y recuerdos.

Rath llenó su carrito con camisetas, gorras, bisutería, cuadernos, bolígrafos y juguetitos. Su belleza y su personalidad extravertida empezaron a jugar a su favor, y han contribuido a que se convierta en una vendedora eficaz. De lo que ganó inicialmente, ahorró una parte y reinvertió en nuevas mercancías. Su negocio funcionó, y con los beneficios pudo mantener a sus padres y a dos hermanas menores. Se casó y tuvo un hijo, y ha empezado a ahorrar para proporcionarle una buena educación.

En 2008, Rath cambió el carrito por un puesto fijo, y adquirió también el tenderete contiguo. También montó un negocio de «teléfonos públicos», cobrando a la gente por utilizar su móvil.

Si alguna vez entras a Camboya desde Tailandia y llegas a Poipet, busca la tiendita que queda a la izquierda, hacia la mitad de la fila, donde una joven te llamará, te sonreirá e intentará venderte una gorra de recuerdo. Se echará a reír y te asegurará que va a hacerte una buena rebaja, y es tan dicharachera que probablemente se saldrá con la suya.



*Srey Rath con su hijo frente a su tienda de Camboya.  
(Nicholas D. Kristof)*

EL TRIUNFO FINAL DE RATH NOS recuerda que si a las niñas se les da una oportunidad en forma de educación, o microcrédito, pueden ser algo más que caprichos, o esclavas. Muchas son capaces de llevar negocios. Si conversas con Rath hoy –después de comprarle esa gorra–, descubrirás que desprende confianza mientras obtiene unos ingresos que le permitirán proporcionar un futuro mejor a sus hermanas menores y a su hijo. Muchas de las historias de este libro resultan sobrecogedoras, pero conviene tener en cuenta esta verdad fundamental: *Las mujeres no son el problema, sino la solución. La desgracia de las niñas no es más una tragedia que una oportunidad.*

Esa fue la lección que asimilamos en el remoto pueblo del que es originaria la familia de Sheryl, situado al final de un camino de tierra, entre arrozales, al sur de China. Hemos pasado muchos años recorriendo los senderos embarrados de la región de Taishan hasta Shunshui, la aldea en la que se crió el abuelo paterno de Sheryl. China ha sido tradicionalmente uno de los lugares más represivos y devastadores del mundo para las niñas, y hallamos indicios de ello en su propia historia familiar. Así, durante nuestra primera visita, descubrimos, sin pretenderlo, un secreto familiar: una abuelastra desaparecida hacía mucho tiempo. El abuelo de Sheryl había viajado hasta Estados Unidos con aquella primera esposa, pero ella

sólo había dado a luz a hijas. De modo que el abuelo de Sheryl la repudió y regresó a Shunshui, donde se casó en segundas nupcias con una joven y se la llevó a América. Ella era la abuela de Sheryl, que por suerte para ella había tenido un hijo varón: el padre de Sheryl. La primera esposa del abuelo, así como las hijas de ambos, habían sido borradas por completo de la memoria familiar.

Cada vez que explorábamos Shunshui y las aldeas próximas había algo que nos llamaba la atención: ¿Dónde estaban las mujeres jóvenes? Los jóvenes trabajaban esforzadamente los arrozales, o se abanicaban, indolentes, a la sombra, pero eran pocas las niñas y las chicas. Finalmente las descubrimos a todas cuando tuvimos acceso a las fábricas que proliferaban por toda la provincia de Guangdong, epicentro del despegue económico chino. Aquellas fábricas producían los zapatos, los juguetes y las camisas que abastecían los centros comerciales de Estados Unidos, generando unas tasas de crecimiento económico casi sin precedentes en la historia de la humanidad –y creando el programa de lucha contra la pobreza más eficaz del que se tiene constancia. Aquellas fábricas resultaron ruidosos panales de abejas obreras. El 80% de los empleados en las cadenas de montaje de la costa china son mujeres, y la proporción en el cinturón manufacturero de Asia oriental alcanza al menos el 70%. La explosión económica en Asia se ha debido, en gran medida, al aumento del poder económico por parte de las mujeres. «Tienen los dedos más pequeños, por lo que cosen mejor», nos explicó el director de una fábrica de monederos. «Son obedientes y trabajan más que los hombres –nos dijo el director de una fábrica de juguetes–. Y podemos pagarles menos.»

Las mujeres son, sin duda, el eje de la estrategia de desarrollo de la región. Los economistas que han analizado el éxito de Asia oriental han percibido un patrón común. Esos países han tomado a las mujeres que hasta entonces apenas habían contribuido al Producto Interior Bruto (PIB) y las han incorporado a la economía formal, incrementando así enormemente la fuerza de trabajo. La fórmula bá-

sica ha pasado por minimizar la represión, educar a las niñas tanto como a los niños, otorgarles a ellas libertad para trasladarse a las ciudades y aceptar trabajos en fábricas, y en beneficiarse luego de un dividendo demográfico cifrado en el retraso de la edad del matrimonio y en el menor número de hijos. Las mujeres, por su parte, han financiado la educación de parientes más jóvenes y han ahorrado parte de su salario, lo bastante como para elevar estratosféricamente la tasa de ahorro nacional. Este patrón se ha dado en llamar «El efecto niña». En honor a los cromosomas femeninos, también podría bautizarse como «la solución xx».

Cada vez más pruebas indican que ayudar a las mujeres puede constituir una estrategia de éxito en todo el mundo, no sólo en las economías en expansión del Este de Asia. La Asociación de Mujeres Trabajadoras por Cuenta Propia se fundó en India en 1972, y desde entonces ha ayudado a las mujeres más pobres a montar sus propias empresas, lo que ha elevado el nivel de vida de tal manera que ha causado el asombro general de estudiosos y fundaciones. En Bangladesh, Muhhamad Yunnus desarrolló la microfinanciación en el Grammeen Bank, y se especializó en el préstamo de dinero a mujeres, lo que finalmente le valió el premio Nobel por el impacto económico y social de su labor. Otro grupo bengalí, el BRAC, la mayor organización mundial dedicada a luchar contra la pobreza, ha trabajado con las mujeres más pobres para salvar vidas y obtener fondos, y tanto Grameen como BRAC han logrado que el mundo de la ayuda vea cada vez más a las mujeres no sólo como beneficiarias potenciales de su labor, sino como sus agentes.

A principios de la década de 1990, las Naciones Unidas y el Banco Mundial empezaron a apreciar el recurso potencial que suponen mujeres y niñas. «Invertir en la educación de las niñas podría constituir la inversión con una tasa de retorno más alta de todas las disponibles en el mundo en desarrollo –escribió Lawrence Summers cuando era economista jefe del Banco Mundial–. La cuestión no es si los países pueden permitirse esa inversión, sino si los paí-

ses pueden permitirse no educar a más niñas.» En 2001, el Banco Mundial publicó un estudio de notable repercusión, *Engendrar desarrollo a través de la igualdad de género en derechos, recursos y voz*, en el que defendía que promover la igualdad de género es crucial para combatir la pobreza global. La UNICEF publicó un informe detallado en el que manifestaba que la igualdad de género supone un «doble dividendo», pues no sólo eleva a las mujeres, sino también a sus hijos y a sus comunidades. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha resumido de este modo los abrumadores resultados de las investigaciones: «Un mayor poder de la mujer contribuye a incrementar la productividad económica y reduce la mortalidad infantil, al tiempo que ayuda a mejorar la salud y la nutrición. Con él también aumentan las posibilidades de educación en la generación siguiente.»

Cada vez son más los expertos en desarrollo y salud pública –entre ellos Sen y Summers, Joseph Stiglitz, Jeffrey Sachs y el doctor Paul Farmer– que instan a prestar mucha mayor atención a la mujer en el desarrollo. Asimismo, grupos de ayuda y fundaciones privadas también han cambiado de rumbo: «Las mujeres son la clave para poner fin al hambre en África», se ha manifestado desde el Hunger Project (El Proyecto Hambre). Por su parte, Bernard Kouchner, ministro de exteriores francés y fundador de Médicos sin Fronteras, declaró sin rodeos, refiriéndose al desarrollo: «El progreso se alcanza a través de las mujeres». El Center for Global Development (Centro para el Desarrollo Global) publicó un completo informe explicando «por qué y cómo situar a la niña en el centro del desarrollo. CARE ha empezado a colocar a las mujeres y a las niñas como piedra angular de sus actuaciones contra la pobreza. En la actualidad, la Fundación Nike y la Fundación NoVo se centran en crear oportunidades para las niñas en los países en vías de desarrollo. «La desigualdad de género entorpece el crecimiento económico», concluía Goldman Sachs en el informe publicado tras una investigación llevada a cabo en 2008, en el que ponía el acento en lo mucho que

podían mejorar los resultados económicos de los países en vías de desarrollo gracias a la educación de las niñas. Consecuencia parcial de dicho estudio fueron los 100 millones de dólares que Sachs comprometió para «10.000 Mujeres», campaña pensada para permitir a muchas de ellas acceder a educación económica.

La atención al terrorismo surgida tras los atentados del 11-S despertó un interés por las cuestiones que nos ocupan a través de una vía insospechada: la de las agencias militares y antiterroristas. Ciertos expertos en seguridad declararon que los países que alimentan a los terroristas, en una gran proporción, son aquellos en los que sus mujeres viven marginadas. Según ellos, el motivo de que existan tantos terroristas musulmanes tiene poco que ver con el Corán y, en cambio, sí está muy relacionado con la falta de una participación femenina fuerte en la economía y la sociedad de numerosos países islámicos. A medida que el Pentágono ganaba en comprensión sobre antiterrorismo, y a medida que descubría que bombardear no resultaba de gran ayuda en muchos casos, se iba interesando más en proyectos de base, como la educación de las niñas. Según algunos miembros del estamento militar, dar poder a las niñas significaría quitárselo a los terroristas. Cuando los Jefes de Estado Mayor mantienen conversaciones sobre la educación de niñas en Pakistán y Afganistán, como sucedió en 2008, se comprende que la del género es una cuestión seria que ocupa un lugar destacado en la agenda de los asuntos internacionales. Que ello es así se observa con claridad, también, en el Consejo sobre Relaciones Exteriores. Los salones, forrados de madera, que albergan discusiones sobre cabezas nucleares y política de la OTAN sirven ahora además para acoger sesiones rigurosas sobre mortalidad materna.

VAMOS A INTENTAR, AQUÍ, TRAZAR UNA AGENDA para las mujeres del mundo centrándonos en tres formas de maltrato concretas: el tráfico sexual y la prostitución forzada; la violencia de género –in-

cluidos los asesinatos de honor y la violación en masa—, y la mortalidad materna, que aún hoy, a pesar de no ser inevitable, se cobra la vida de una mujer cada minuto. Y vamos a exponer soluciones, como son la educación de las niñas y la micro-financiación, ambas ya en funcionamiento.

Es cierto que en el mundo existen muchas injusticias, muchas causas dignas con tanto derecho a recibir atención y apoyo, y todos nos sentimos divididos en nuestras lealtades. Si nos centramos en esta cuestión es porque, para nosotros, esta clase de opresión nos parece trascendente, como también lo son las oportunidades que suscita: hemos constatado que los excluidos pueden llegar a cambiar significativamente.

Tomemos como ejemplo, una vez más, a Rath. Su historia nos conmovió tanto que quisimos localizar aquel burdel de Malasia, entrevistar a sus dueños e intentar liberar a las niñas que seguían encarceladas en él. Por desgracia, no logramos averiguar el nombre ni la dirección. (Rath no hablaba inglés, ni conocía el alfabeto latino, por lo que no había podido leer los carteles cuando estuvo allí.) Cuando le preguntamos si estaría dispuesta a regresar a Kuala Lumpur para ayudarnos a encontrar el burdel, se puso muy pálida y respondió: «No lo sé. No quiero enfrentarme a ello de nuevo.» Vaciló, lo consultó con su familia y finalmente aceptó acompañarnos con la esperanza de rescatar a sus compañeras.

Rath regresó a Kuala Lumpur bajo la protección de un intérprete y un activista local contrario al tráfico sexual. Aun así, temblaba cada vez que se internaba en los distritos rojos y veía los alegres anuncios de neón, que ella tanto asociaba al dolor. Pero desde su huída, Malasia se había mostrado avergonzada ante las críticas públicas por el tráfico sexual que existe en el país, y la policía había entrado en los peores burdeles y encarcelado a las jóvenes en contra de su voluntad. Una de ellas había sido Rath. Una mínima presión internacional había llevado al gobierno a pasar a la acción, y ello se había traducido en una mejora observable de las condiciones de



vida de las niñas, situadas en la base de la pirámide del poder. Ese resultado destaca que ésta no es una causa perdida, sino una causa en la que existe la esperanza.

Los asesinatos de honor, la esclavitud sexual y la mutilación genital pueden parecer, al lector y lectora occidentales, hechos trágicos pero inevitables en un mundo que queda muy, muy lejano. De un modo análogo, muchos europeos y estadounidenses veían la esclavitud como un rasgo lamentable pero ineluctable de la existencia humana. Se trataba, simplemente de un horror más, que llevaba miles de años existiendo. Pero entonces, en la década de 1780, un grupo de británicos indignados, encabezados por William Wilberforce, llegaron a la conclusión de que la esclavitud resultaba tan ofensiva que debían lograr su abolición. Y la lograron. Hoy vemos plantada la semilla de algo similar: un movimiento global para emancipar a mujeres y niñas.

Así pues, vamos a dejarlo muy claro desde el principio: nuestra intención es reclutar a los lectores para que se sumen a un movimiento incipiente de emancipación de la mujer y de lucha contra la pobreza global haciendo que la mujer, catalizadora económica, alcance el poder. Ese es el proceso que está en marcha. No se trata de un drama de victimización, sino de acceso al poder, un poder que transforme a las niñas despiertas, para que dejen de ser esclavas de burdel y se conviertan en mujeres de negocio de éxito.

Esta es una historia de transformación. Es un cambio que ya está teniendo lugar, un cambio que puede acelerarse si abrimos los corazones y nos sumamos a él.



# *La mitad del cielo*



## *Liberar a las esclavas del siglo XXI*

«Tal vez las mujeres puedan contribuir a la civilización con algo más que con sus vaginas.»

—CRISTOPHER BUCKLEY, *Florence of Arabia*

EN EL «DISTRITO ROJO» de la ciudad de Forbesgunge no se ve, de hecho, ni una sola bombilla de ese color. Por no haber, no hay ni electricidad. Los burdeles son simples chabolas familiares cubiertas de barro que se suceden a lo largo de un camino sin asfaltar, con chozas de techo de paja para los clientes. Los niños juegan y corretean por los senderos de tierra y, en una esquina, una tienda diminuta vende aceite de cocina, arroz y caramelos. Aquí, en Bihar, el empobrecido estado de la India septentrional, cerca de la frontera con Nepal, no existe mucha más oferta comercial. Exceptuando la del sexo.

Cuando Meena Hasina se acerca caminando por el sendero, los niños se detienen y la miran. Los adultos también lo hacen, algunos de ellos muy fijamente, censurándola, y la tensión crece. Meena es una mujer muy guapa, de algo más de treinta años, piel oscura, mirada afectuosa, contorno de los ojos arrugado, y un pendiente pequeño en la nariz. Lleva sari, y el pelo negro recogido y peinado hacia atrás. Y parece no importarle lo más mínimo pasear entre gente que la desprecia.

Meena es una india musulmana que se ha prostituido durante años en un burdel regentado por los *nutt*, una tribu de casta infe-

rior que controla el comercio del sexo local. Los *nutt* se han dedicado, tradicionalmente, a la prostitución y la pequeña delincuencia, y el suyo es un mundo de prostitución intergeneracional, en que las madres venden sexo y educan a sus hijas para que hagan lo mismo.

Meena avanza entre los burdeles y se dirige a una choza más grande que hace las veces de escuela a media jornada. Allí se sienta y se pone cómoda. Sólo entonces, los aldeanos regresan lentamente a sus quehaceres.

«Tenía ocho o nueve años cuando me secuestraron y me vendieron», cuenta, dando inicio a su relato. Procede de una familia pobre de la frontera nepalí, y la vendieron a uno de los clanes de los *nutt*. Después la llevaron a una casa en el campo, en la que el dueño del burdel se ocupaba de las niñas prepúberes hasta que estaban lo bastante maduras para atraer a los clientes. A los doce años –recuerda que fue cinco meses antes de su primer periodo–, la llevaron al burdel.

«Hicieron pasar a mi primer cliente. Le habían sacado muchísimo dinero», explica como una autómatas, exenta de toda emoción. Los métodos de persuasión fueron similares a los que tuvo que soportar Rath en Malasia, porque las redes de tráfico sexual operan según un modelo de negocio que es idéntico en todas partes. «Empecé a forcejear y a gritar, para que no se saliera con la suya –añade–. Me resistí tanto que tuvieron que devolverle el dinero. Y ellos me pegaron sin piedad, con una correa, con palos, con varas de hierro. Fue una paliza tremenda. –Menea la cabeza para librarse del recuerdo–. Pero incluso así yo me resistía. Me mostraron unas espadas y me dijeron que me matarían si no colaboraba. Hicieron pasar a cuatro o cinco clientes más, y yo seguí resistiéndome, y ellos siguieron golpeándome. Al final me drogaron: me echaron vino en la bebida, y yo me emborraché completamente.» Entonces uno de los dueños del burdel la violó. Despertó con dolor de cabeza, dolorida, y se dio cuenta de lo que había sucedido. «Ahora ya estoy echada a perder», pensó. Y, rindiéndose, dejó de forcejear con los clientes.



*Meena Hasina con su hijo, Vivek, en Bihar, India.  
(Nicholas D. Kristof)*

En el burdel de Meena, la tirana era la matriarca del clan, Ainul Bibi. A veces era ella la encargada de pegar a las niñas, aunque en otras ocasiones delegaba la tarea en su nuera, o en sus hijos, que eran brutales infligiendo castigos.

«Ni siquiera me permitían llorar –recuerda Meena–. Aunque sólo se me saltara una lágrima, me golpeaban. Llegué a pensar que era mejor morir que vivir así. Me tiré de un balcón, pero no me pasó nada. No me rompí ni una pierna.»

A Meena y a las demás niñas no las dejaban salir nunca del burdel, y no les pagaban nada. En un día normal recibían a unos diez clientes, o más. Los siete días a la semana. Si una niña se quedaba dormida o decía que le dolía la barriga, el asunto se resolvía con una paliza. Y si mostraba el menor atisbo de resistencia, congregaban a todas las niñas para que vieran cómo ataban y golpeaban salvajemente a la díscola.

«Subían mucho el volumen del equipo de música para que no se oyeran los gritos», comenta Meena escuetamente.

Es muy posible que India sea el país del mundo con más esclavas modernas viviendo en esas condiciones. Existen entre dos y tres millones de prostitutas en India, y aunque muchas de ellas, en la actualidad, venden sexo voluntariamente, hasta cierto punto, y co-



*Unos matones en Bihar (India) intentaron obligar a este hombre a vender a su hija para que ejerciera la prostitución. Tras negarse él y ocultarse la niña, le destruyeron la casa. La organización de apoyo Apne Aap Women Worldwide está ayudando a la familia. (Nicholas D. Kristoff)*

bran por ello, una parte muy significativa se inició en la industria del sexo en contra de su voluntad. Un estudio realizado en 2008 sobre burdeles indios mostraba que, de las prostitutas indias y nepalíes que se habían iniciado de adolescentes, la mitad, aproximadamente, decían haber sido llevadas a los burdeles mediante coerción; que la probabilidad de que las mujeres hubieran tomado la decisión de prostituirse por ellas mismas era mayor cuando éstas se iniciaban más allá de los veinte años, y que solían hacerlo para poder dar de comer a sus hijos. Las que empezaban como esclavas acababan, a menudo, aceptando su destino y vendían sexo voluntariamente, porque no sabían hacer nada más y estaban estigmatizadas para desempeñar otros empleos.

En China, el número de prostitutas es mayor que en India –algunos cálculos estiman que existen hasta diez millones, o más–, pero son menos las que trabajan en burdeles en contra de su voluntad. De hecho, hay pocos burdeles como tales. Muchas de las prostitutas son autónomas que trabajan como *ding-dong xiaojie* (así conocidas porque llaman a las habitaciones de los hoteles en busca de clien-



tes), e incluso las que trabajan en salones de masajes y en saunas suelen hacerlo a comisión, y pueden dejarlo si lo desean.

Paradójicamente, son los países con las sociedades más pacatas y sexualmente conservadoras, como India, Pakistán e Irán, las que cuentan con un número más desproporcionado de prostitutas forzadas. Como los jóvenes de dichas sociedades rara vez se acuestan con sus novias, para ellos se ha convertido en algo aceptable aliviar sus frustraciones sexuales con prostitutas.

El contrato social implícito pasa por que las niñas de las clases altas conserven la virtud, al tiempo que los jóvenes hallan satisfacción en los burdeles. Y éstos se nutrirán de niñas esclavas compradas en Nepal, Bangladesh o aldeas pobres de India. Siempre y cuando esas niñas sean campesinas de casta baja y sin educación, como Meena, la sociedad mirará hacia otro lado, lo mismo que muchos norteamericanos, antes de la Guerra de Secesión, ignoraban los horrores de la esclavitud porque la gente que vivía encadenada era distinta a ellos.

En el burdel de Meena nadie usaba condones. Ella está sana, de momento, pero no se ha hecho nunca la prueba del sida. (Aunque la prevalencia del sida es baja en India, el riesgo de las prostitutas de contraer el virus es alto, a causa del gran número de clientes con los que se acuestan.) Como Meena no usaba preservativos quedó embarazada, lo que la llenó de desasosiego.

«Yo pensaba que no quería ser madre, porque mi vida ya había sido malgastada y no quería que se malgastara otra», nos dice Meena. Pero el burdel de Ainul, como muchos otros en el país, acogía positivamente los embarazos, pues son un modo de disponer de una nueva generación de víctimas. A las niñas se las educa para que sean prostitutas, y los niños se convierten en criados que se ocupan de la cocina y la colada.

En el burdel, sin asistencia médica, Meena dio a luz a una niña a la que llamó Naina. Pero poco después Ainul se la quitó, en parte para que dejara de amamantarla —a los clientes les desagradan las

prostitutas que dan el pecho a sus hijos-, y en parte para mantenerla como rehén y asegurar que Meena no escapara.

«No permitiremos que Naina se quede contigo –le comunicó Ainul-. Eres prostituta y no tienes honor. Podrías escapar.» Después llegó un hijo varón, Vivek, y los dueños también se lo arrebataron. Así pues, los dos hijos de Meena fueron criados por otros, en el mismo burdel, casi siempre en zonas del edificio en las que ella tenía prohibido el acceso.

«Mantén cautivos a mis hijos, porque creían que así yo no intentaría escapar», nos dice. Y, hasta cierto punto, la estrategia funcionó. En una ocasión, Meena ayudó a escapar a trece niñas, pero ella no huyó porque no soportaba la idea de abandonar a sus hijos. El precio que tuvo que pagar por quedarse fue una brutal paliza por su complicidad en la fuga.

Ainul también había sido prostituta en su juventud, por lo que no se mostraba comprensiva con las más jóvenes:

«Si mis propias hijas pueden prostituirse, vosotras también podéis», les decía a las niñas. Y era cierto que había prostituido a dos de sus hijas. («Tuvieron que golpearlas para que lo aceptaran –aclara Meena-. Nadie quiere iniciarse en algo así.»)

Meena calcula que en los doce años en que permaneció en el burdel la golpearon un promedio de cinco días a la semana. La mayoría de niñas se rendía al momento, y cedía, pero Meena no se entregó nunca del todo. Su característica más destacada es la obstinación. Puede ser muy terca y cabezota, y esa una de las razones por las que los aldeanos la encuentran desagradable. No responde al modelo de mujer que predomina en la India rural, pues es responsable y se defiende cuando la atacan.

No parecía que la policía fuera a ejercer de salvadora de las niñas en los burdeles, porque sus agentes visitaban regularmente los locales, y no pagaban por los servicios. Pero Meena estaba tan desesperada que un día escapó y acudió a una comisaría a pedir ayuda.

«Me obligan a prostituirme en un burdel de la ciudad –fue lo que comentó al atónito agente que la atendió en el mostrador–. Los proxenetas me golpean, y retienen a mis hijos como rehenes.» En ese momento salió otro policía a presenciar aquel espectáculo nada habitual, y los dos se burlaron de ella y le recomendaron que regresara a su casa.

«¡Cómo te atreves a venir aquí!», le regañó uno de ellos. Finalmente, la policía la envió de nuevo al burdel tras obtener una promesa de sus dueños de que no volverían a pegarle.

Éstos no la castigaron de inmediato, pero una vecina con la que se llevaba bien advirtió a Meena de que la intención de los amos era asesinarla. La medida no es nada habitual en los distritos rojos, como no lo es que los granjeros acaben con la vida de sus propios bienes, como pueden ser unas buenas vacas lecheras. Pero de vez en cuando una prostituta se convierte en tal molestia que sus dueños optan por matarla para advertir así a las demás chicas.

Temiendo por su vida, Meena abandonó a sus hijos y huyó del burdel. Tras un trayecto de varias horas en tren, llegó a Forbesgunge. Alguien que residía allí informó a Manooj, uno de los hijos de Ainul, de su paradero, y éste no tardó en presentarse en el pueblo y propinarle una paliza. Después le dijo que no quería que causara más problemas en el burdel, por lo que podía quedarse a vivir sola en Forbesgunge y prostituirse por su cuenta, pero que tendría que darle dinero. Sin saber cómo iba a sobrevivir si no lo hacía, Meena aceptó.

Cada vez que Manooj regresaba a Forbesgunge a recaudar el dinero, no se conformaba con lo que Meena le entregaba, y le pegaba. En una ocasión Manooj la tiró al suelo, y estaba azotándola con una correa cuando un respetable hombre del lugar pasó por allí e intervino.

«Ya la chuleas, ya le chupas la sangre, –le reprendió su salvador, un farmacéutico llamado Kuduz–. ¿Por qué además tienes que golpearla hasta matarla?»